

PRIMEROS AÑOS

Aunque no hemos podido precisar la fecha, todo hace pensar que a mediados del siglo pasado, emigró a Cuba un joven francés, nativo de los Pirineos, de profesión herrador, llamado Pedro Etchegoyen y Bereter que, por encontrarse en posesión de los títulos que en aquella remota época lo autorizaban a ejercer de veterinario, deseaba establecerse en La Habana.

Una vez instalado en la capital cubana y después de haber sido examinado por la subdelegación encargada de comprobar la competencia de los que aspiraban a ejercer la veterinaria en Cuba, abrió una herrería donde, además de proteger con herraduras los cascos de los equinos, se dedicaba a la noble tarea de curar a los animales enfermos, hospitalizándolos en caso necesario.

Esta actividad puso pronto en contacto a Pedro Etchegoyen con otros que, como él, se dedicaban a la misma profesión, entre los que se encontraba Don Luis Montané, oriundo de Francia, lo que sin duda motivó que surgiera entre ambos una sincera y leal amistad.

Las visitas de Pedro Etchegoyen a la casa de Don Luis Montané se hicieron cada vez más frecuentes, donde siempre era recibido con afecto y simpatía, tanto por la esposa de su amigo, Doña Catalina Dardé, como por su bellas hijas, entre la que Josefa, joven viuda con dos hijas, llamó poderosamente su atención y con la que contrajo matrimonio poco después.

De la unión de Pedro Etchegoyen y Bereter y de Josefa Montané y Dardé nacieron seis hijos, el mayor de los cuales, nacido el sábado 30 de Julio de 1870, fue bautizado con el nombre de FRANCISCO PEDRO, el domingo 11 de septiembre del mismo año, en la Parroquia

del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de La Habana, siendo sus padrinos, Don Francisco Vivó y Doña Mariana Montané y Dardé, hermana de la madre.

La infancia de Francisco Pedro se desenvuelve entre «el estridente vibrar del martillo sobre el yunque al manejarlo las manos del herrador y la observación del uso del fieme actuante en las sangrías más o menos abundantes; de los sinapismos, más o menos extensos y de los lavados intestinales»²¹. En la herrería de su progenitor aprende desde niño a usar las duchas de agua fría y caliente, las fricciones revulsivas cáusticas o las aplicaciones de fuego, tan frecuentes entonces, bien en raya o en punto, según el caso, para el tratamiento de las distintas claudicaciones. En las herrerías de su padre y de su abuelo, se familiarizó en edad temprana con los martillejos y los botapuntas para arrancar los clavos sin necesidad de la tenaza y para empujar las espigas de los clavos en las herraduras; aprendió con ellos a manejar el pujavante o la escofina para nivelar el casco, según el caso y pronto supo distinguir el herrado español, de forma prolongada y callos largos y delgados, con las claveras cuadradas, empleado generalmente en el ganado mular, del herrado francés, de tres claveras en cada lado, de forma redondeada la de las manos y de forma ovalada las de los pies; o el herrado inglés, el más frecuentemente empleado por dar mayor fijeza al apoyo, evitando los resbalones, caracterizado principalmente por ser las herraduras de las manos más gruesas y estrechas que las corrientes y llevar ranura en su cara inferior y por ser las de los pies más anchas de lumbre que de callos, tener dos pestañas en los hombros, ramplones puntiagudos en los callos externos y carecer de justura.

Apenas tenía diez años y ya sabía diferenciar Francisco Pedro el herrado que solamente se empleaba con el fin de proteger el casco contra el desgaste natural, de los llamados herrados correctivos, tendientes a corregir los defectos de conformación o las irregularidades del apoyo y de la marcha.

De este íntimo convivir en un medio donde todo giraba en torno a la manera y forma más efectiva de tratar a los animales enfermos o por lo menos mejorarlos con vista a un mayor rendimiento como instrumentos de trabajos, fue creando en él una natural inclinación a la profesión de su padre y de su abuelo, a los que ayudaba frecuentemente cuando administraban electuarios, bolos o masticatorios, o bien aplicando

estopas empapadas en agua fenicada en las heridas o actuando como ayudante, sujetando a los caballos por la cabezada, mientras se les herraba.

Todas estas circunstancias coadyuvaron a despertar su vocación y, aunque en algunas ocasiones expresara sus deseos de viajar y se creyera inclinado a la vida aventurera del marino, pudo más en él la tradición familiar, y se decidió por la medicina veterinaria.

El niño Francisco Pedro, cursa la enseñanza primaria en el Colegio del doctor José Poe, que más tarde dirigiera su yerno, don Carlos Vasseur, y, al cumplir los 13 años de edad, en 1883, es enviado por su padre a Burdeos, donde residen dos tías paternas, Teresa y Cecilia, para que curse estudios superiores en un colegio francés, siendo matriculado en el Colegio de los Hermanos Cristianos de La Salle.

Permanece Francisco Pedro ocho años en Francia, preparándose para ingresar en la Escuela de Medicina Veterinaria de Alfort, pero no puede ver realizado este deseo por exigir el gobierno francés el título de Bachiller, como requisito para ingresar en cualquiera de las tres Escuelas de Medicina Veterinaria existentes en el país; pero no se desanima con esta dificultad y se prepara para viajar a España con la finalidad de ingresar en la Real Escuela de Medicina Veterinaria de Madrid y, mientras ultima los preparativos de su viaje a España, aprovecha el tiempo asistiendo como oyente a la Escuela de Alfort.

Una vez terminadas las tramitaciones de rigor y contando apenas veinte años de edad, marcha a Madrid en 1890 para ingresar en la Real Escuela de Medicina Veterinaria donde, una vez matriculado, dedica todo su tiempo al estudio, mientras vive modestamente en una pensión y se sostiene con las pequeñas mensualidades que le envía su buen padre desde La Habana.